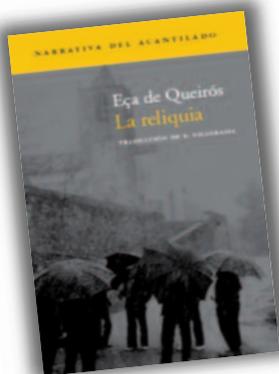




La última página de cada serie de **LIBROS** estará dedicada a un título rescatado del pasado. En sentido literal, toda reliquia es un residuo; pero el arte de leer y escribir mira al futuro, in reliquum tempus.



EÇA DE QUEIROZ

La reliquia

Traducción de Roser Vilagrassa, *El Acantilado*, Barcelona, 2000, 400 pp.

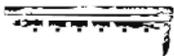
Obras completas, traducción de Julio Gómez de la Serna, Aguilar, Madrid, 1964, vol. I, pp. 679-832.

Escucharía entonces una palabra nueva de Cristo no escrita en el Evangelio, y solo yo tendría el derecho pontifical de repetírsela a las multitudes prosternadas. Mi autoridad surgiría en la Iglesia, como la de un novísimo Testamento. Yo sería un testigo inédito de la Pasión. ¡Me convertiría en San Teodorico Evangelista!

¿Iba yo a quedarme para siempre en aquella ciudad fuerte de los judíos? ¿Había perdido irremediablemente mi individualidad de Raposo, de católico, de licenciado, contemporáneo del *Times* y del gas, para convertirme en un hombre de la antigüedad clásica, coetáneo de Tiberio?

Las dos citas escogidas de *La reliquia* de Eça de Queiroz tienen un valor adicional al contraste del tono con que el narrador se expresa respecto a la supuesta transformación que ha podido experimentar durante su estancia en Tierra Santa. El contraste se produce, en efecto, entre las dos imágenes de la misma persona, como “evangelista” o como mero “coetáneo de Tiberio”, y el segundo caso es mucho menos favorecedor, ya que priva al personaje de su individualidad, que es la del burgués de Portugal que realiza una peregrinación interesada, sin convicción religiosa alguna, sin fe sincera. (Esta individualidad tiene, por cierto, el valor adicional de parecer

representativa del carácter del hombre moderno, demasiado fluctuante como para que ninguna convicción haga presa en él. Es obvio que el lector moderno tiene un innegable parentesco con Raposo, no en el hecho de que todos seamos tan hipócritas como él, sino en el de que calculamos de manera similar el riesgo de los placeres que perseguimos, o en el hecho, expresado con mayor rotundidad, de que perseguimos ciertos placeres o de que somos susceptibles de ser retratados en el momento de perseguirlos.) El valor adicional sería el de que ambas ocasiones, la de la exclamación y la interrogación, tienen lugar dentro del mismo intervalo en que el personaje, durante el capítulo 3, se ve sumido en la historia antigua, acompañado del infatigable Topsisius, y presencia, describe y narra los principales sucesos de la Pasión, por lo que, en efecto, el testimonio que nos deja es el de un Evangelio moderno, el de la Pasión según Eça de Queiroz, que se convierte, durante muchas páginas, en el objeto central de la historia, y que sólo por algunos repuntes del mundano Raposo parece no haberse olvidado por completo de su origen, que es una descripción y narración más allá de los límites de lo conocido de primera mano, ya que la historia comienza antes del nacimiento del protagonista, de la vida de Raposo. Nadie pone en duda los divertidos antecedentes biográficos del personaje de Eça de Queiroz, y nadie pondrá en duda que los sucesos de la Pasión ocurrieran realmente tal como los cuenta Teodorico. El valor adicional, según decimos, es el de un auténtico San Teodorico Evangelista, el de quien pasa a ser un excepcional historiador onírico de la Pasión, del desvanecimiento del mundo antiguo y el nacimiento de un mundo, cristiano entonces, católico después, en el que Raposo ocupará su lugar. La argucia narrativa resulta, por tanto, estremecedora, al haber convertido al personaje en evangelista a pesar de sí mismo. La sensualidad y la religiosidad (no la fe) se mezclan en el temperamento de Teodorico de manera divertida y exasperante. Recordemos que ruega a los santos por motivos profanos, que su rutina devota y su existencia depravada siguen un mismo camino, que en el oratorio de su tía doña Patrocinio presencia la transfiguración del Cristo en su amada. Raposo es el resultado de la conversión de la religión en religiosidad, de la eliminación de toda actitud realmente piadosa en la concepción de una vida en que la religión aún cumpliría supuestamente una función esencial o, como en el caso de la tía de Raposo, la única función. Eça de Queiroz ha elegido como narrador de su vida a un personaje aparentemente indigno, al cual se confía, se embargo, el testimonio de los hechos que justifican el advenimiento del cristianismo, sin el cual quedaría moralmente desfondada la sociedad a la que ese personaje pertenece. El lujo de detalles con el que Raposo describe ese mundo antiguo y todos los episodios que se relacionan con el sueño de la Pasión y Resurrección (sin olvidar, desde luego, que el milagro queda destruido por los acontecimientos, y toda la religión cristiana justificada por la exaltación de la mujer que descubre el sepulcro vacío) no sería un recurso del novelista para dar su propia versión del evangelio, sino que debe obligarnos a reflexionar sobre la idea que nos formamos del personaje. Creer en lo que una persona nos cuenta es creer en ella antes que nada. Si, como resulta explícito al final del capítulo 3, todo el episodio de Jerusalén ha sido un sueño, nuestra preocupación sobre el crédito que hemos dado al relato de Teodorico se vuelve aún mayor, ya que deberíamos ser capaces de prescindir de él para atenarnos a los hechos (¿no es esto lo que ha de proporcionarnos toda narración, y más aún cuando el narrador no resulta demasiado decoroso?) de la historia. Nuestro juicio, en realidad, debe enfrentarse al nuevo desafío de juzgar el sueño de Teodorico como un hecho de su vida, es decir, al hecho de



RELIQUIAS



EÇA DE QUEIROZ La reliquia

explicar que haya tenido el sueño movido por la aprensión de perder la herencia de su tía, más aún cuando la reliquia que ha recogido para ella es una falsa corona de espinas. Por tanto, todo este largo capítulo 3, con sus numerosas y ricas descripciones de la antigüedad, y los retratos de los personajes históricos, ha de ser apreciado con el mismo criterio con que hemos seguido los divertidos avatares de la hipócrita existencia de Raposo, sobre la que, sin duda, sentimos ahora aún mayor curiosidad. La literatura de Eça de Queiroz contiene, pues, la peculiar mezcla de realismo e idealismo, de sátira y testimonio, que ha hecho de las mejores novelas un espejo de la vida moderna, y se trata de una mezcla no elaborada desde fuera, sino descubierta en el interior mismo del personaje que la experimenta con mayor urgencia, ya que debe mostrar la máxima devoción para obtener toda la fortuna de su tía, dispuesta a entregarla, en caso de que no sea así, a las instituciones eclesiásticas. A la vista de lo que Teodorico nos cuenta, compartimos su propósito, aunque sus medios sean tan detestables como divertidos. Ahora bien: la infancia o ingenuidad de aquel mundo antiguo que Teodorico descubre en su sueño no depende del tiempo, o de que se trate de la época de Tiberio, en lugar de los días “del *Times* y del gas”. Esa infancia de las creencias cristianas apunta a una virtud que ha quedado obliterada por las preocupaciones materiales de los hombres. Bruscamente, todas las conquistas de la civilización han anulado la importancia de que Raposo pudiera ser San Teodorico. La enfermedad moderna tiene que ver con que no nos escandalice demasiado que el mismo personaje se formule las dos preguntas citadas. Mientras nos entretiene maravillosamente, Eça de Queiroz sigue apuntándonos con su dedo acusador.

Javier Alcoriza